MORUENA ESTRÍNGANA

Dime otra vez te quiero

CROSS BOOKS

MORUENA ESTRÍNGANA

Dime otra vez te quiero

CROSS BOOKS

Crossbooks, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Moruena Estríngana, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19462-0
Depósito legal: B. 16.143-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Mia

Dejo las maletas en la puerta de la que será mi casa a partir de ahora.

Tras cinco años estoy de vuelta en el que fue mi barrio de la infancia. Todo ha cambiado.

La primera, yo.

Ya no soy esa niña inocente y tonta que se dejó engañar por una mujer que, por mucho que fuera mi madre, hizo algo tan rastrero como usar mi cariño y mi admiración hacia ella para ponerme en contra de mi padre y así hacerle daño con el divorcio; un inconveniente que no encajaba en su vida de empresaria perfecta. Solo un año fingió que era otra persona, el tiempo suficiente hasta que descubrí su verdadera cara; el problema es que el daño ya estaba hecho y yo no sabía cómo recuperar mi vida ni tenía los medios para hacerlo posible.

Me pesa tanto no haberme dado cuenta antes y haber abandonado al hombre que me crio prácticamente solo, que eso ha abierto una inmensa brecha entre nosotros.

Antes éramos inseparables; ahora temo que un pequeño desacuerdo entre los dos nos distancie.

Durante el primer año mi padre me llamaba todos los días a mi nueva casa. Yo le contestaba con monosílabos como una tonta. Que estuviera pasando la edad del pavo no me excusa

ni hace que me sienta mejor. Tras un tiempo llamaba una vez a la semana, y luego cada quince días.

Cuando mi madre dejó de eclipsarme con su mundo perfecto de fiestas y encanto, me sentí de golpe tremendamente sola y en el peor momento posible se me cayó la venda de los ojos.

Desde entonces siempre estaba sin su compañía. Mi madre ya no se preocupaba de hacer acto de presencia cada noche. Yo le molestaba. En su lugar había una mujer que cuidaba la casa, hasta que la despidió y dejó que yo me ocupara de todo lo que tuviera que ver con ella.

Fue entonces cuando comprendí más que nunca a mi padre, cuando me di cuenta de la verdad. Era él quien se había ocupado de mí desde mi nacimiento.

Había renunciado a su vida para cuidarme.

Mi madre se quedó en estado al poco de salir de la universidad, cuando estaba en prácticas en una gran empresa, en la que ahora tiene un puesto de dirección.

Ella no quería renunciar a todo eso, su idea era tenerme y contratar a una mujer que me cuidara. Mi padre hizo cálculos y vio que con un sueldo podíamos vivir, así que renunció a su trabajo para no tener que meter en casa a personas desconocidas que cuidaran de su hija.

Desde entonces mi padre es «amo de casa», así lo dice él cuando le preguntan su profesión; nunca entendí por qué lo enorgullecía tanto serlo. No hasta que mi madre me contó la verdad y me dijo hace apenas unas semanas que, si quería, podía volver a casa, que ella no pensaba seguir cargando conmigo ni con mi educación. Y que me daba el dinero que me faltaba para el billete de vuelta. Al vivir en la otra punta del mundo, viajar hasta aquí no ha sido ni fácil ni barato. Y ahorrar me ha sido imposible, porque mi sueldo se iba casi entero en cosas necesarias para mis clases. Mi madre solo me costeaba la matrícula, no todo lo que necesitara para llevarla a cabo. Pero al menos era algo.

No llamé a mi padre. Mi idea era vivir sola con mis remordimientos y tratar de buscar un trabajo para poder pagarme la carrera de Psicología que quería estudiar, sabiendo de antemano lo difícil que iba a ser poder llegar a fin de mes.

Pero mi padre se enteró de todo por mi madre y me llamó. No me dejó colgar el teléfono hasta convencerme de que volviera a su casa.

Me había ido de aquí por culpa de mi madre y volvía por lo mismo. Solo que esta vez ella se había encargado de que mi vuelta fuera a un lugar destrozado por su egoísmo.

Tal vez solo por eso llamó a mi padre, para disfrutar…, sabía que esto no sería cómodo para mí.

Sin embargo, él siempre había estado ahí, hasta el punto de que yo no sabía lo mucho que lo necesitaba en mi vida, porque ahora soy incapaz de imaginarme una sin él. Es lo que dicen: que no te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes.

Era más fácil admirar a una mujer de éxito que a un hombre que se quedaba en casa cuidando a su hija.

Ahora todo ha cambiado y valoro muchísimo a esa persona capaz de renunciar a todo por mí.

¿Cómo se supone que voy a perdonarme el haberle hecho tanto daño con mi partida?

No lo sé.

Y lo peor no es eso, sino que mi madre lo dejó en la calle, sin un duro, pues, al no tener que mantenerme a mí, no le pasaba ningún tipo de pensión, y le tocó irse a vivir a casa de su amiga de toda la vida, que no es otra que la madre de Thane, mi examigo y exnovio, de quien no he sabido nada en todo este tiempo.

No me llamó y yo tampoco a él, aunque no hubo un día en el que no lo extrañara…

El orgullo pesaba más que lo que sentía por él.

No sé si estoy preparada para enfrentarme a los dos. El problema es que, si quiero estudiar, es lo que hay; seamos

sinceros, no tengo ahorros, los pocos que tenía se han esfumado con la compra del billete. La idea de empezar de cero suena genial en los libros y en las películas, pero en la vida real te dejas llevar por lo que menos miedo te da.

Allá vamos.

Toco el timbre y espero. Tengo tantos nervios que estoy temblando.

La puerta se abre y aparece una sorprendida Floren, la madre de Thane.

—¡Mia! Dios, estás preciosa…, y no te esperábamos hoy…

—Mierda, se me olvidó avisar a mi padre de que adelantaron mi vuelo…

—No te preocupes, mejor que ya estés aquí. Pasa.

Cojo mis cosas y entro en su pequeña y acogedora casa de dos plantas, de la que guardo cientos de recuerdos. Y todos ellos muy buenos. En especial con Thane.

Mi primer amor.

Me pasaba más tiempo aquí que en mi propia casa, que estaba enfrente y ahora pertenece a otras personas. La he mirado de refilón al pasar y he visto todos los cambios aparentes que le han hecho. Se me hace raro saber que viven donde yo me crie.

La casa de Floren ha cambiado poco desde que me fui. Todo sigue como lo recordaba.

Ella lleva mi maleta al cuarto que hay cerca del salón, donde antes estaba su taller de costura, abre la puerta y… ya no queda nada de eso. En su lugar hay una cama sencilla, un escritorio y un armario nuevo.

—Esta será tu habitación.

—¿Y tu estudio?

—Hace dos años que alquilé un pequeño local en la zona comercial del barrio y allí estoy. Ya no usábamos este cuarto. ¿Te gusta?

—Es perfecto. Gracias.

—De nada. Ahora tengo que irme. Nos vemos esta noche en la cena. —Hace amago de irse, pero se lo piensa mejor y se vuelve para darme un abrazo—. Bienvenida a casa, pequeña.

Sus palabras y su gesto me emocionan tanto que, tras asentir, me separo por miedo a echarme a llorar. Hace cinco años que nadie me abraza. Los chicos con los que he estado no tenían tiempo para algo tan sencillo.

Es lo que tiene elegir a alguien que solo piensa en la manera de llevarme a la cama para luego acabar desentendiéndose de mí una vez logrado su objetivo.

Floren se marcha y me quedo sola en esta casa, que tan bien conozco y donde ahora, sin embargo, me siento una intrusa.

Ordeno mis pocas pertenencias, esas que me he comprado con el sueldo de mis trabajos de verano. No he querido traerme ninguno de los regalos caros que me hizo mi madre. Por eso mi móvil es de segunda mano, igual que mi portátil. Para mí son perfectos, no me recuerdan la crueldad de alguien que compra con objetos.

Una vez lo tengo todo listo me dejo caer en la cama, cansada por el viaje de tantas horas, y es entonces cuando oigo la puerta de la casa abrirse y me incorporo, pensando que será mi padre, que ha venido a verme sabiendo ya que estoy aquí.

—Vamos a tu cama, Thane… —Tras estas palabras sugerentes se oyen besos y gemidos.

Mi respiración se agita. No puedo creerme que, tras cinco años, me duela esto. Lo que confirma que me sigue importando más de lo estaba dispuesta a admitir.

—Vamos…

Un momento, reconozco esa voz… ¡Es mi mejor amiga, Guillermina! «Esto mejora por momentos», me digo a mí misma mientras pienso cómo salir de aquí, pues necesito aire desesperadamente.

—Espera. La puerta del cuarto de invitados está cerrada.

—¿Y eso qué importa? Estará dentro tu madre…

—Vete a tu casa. Ahora paso a buscarte.

Guillermina protesta, pero se va, y yo me doy cuenta de qué me ha delatado. Floren odia cerrar las puertas si no hay nadie dentro. Cuando yo era niña e iba a su casa a ver a mi amigo, si una puerta estaba cerrada y no había nadie, ella la abría para dejarla entornada. Al final me acostumbré a su manía, como hicimos todos. Y no ha cambiado, por lo que veo. Por eso Thane sabe que hay alguien dentro.

La puerta de la casa se cierra y oigo los pasos de Thane que se dirigen hacia mi cuarto.

—Mia, sal, acabemos con todo esto de una vez.

Su voz es más dura de lo que recordaba. Está claro que no se alegra nada de que esté aquí. ¡Genial!

Tenía una ligera esperanza de que el tiempo le hubiera hecho olvidar las razones por las que me dejó marchar y aceptase que fuéramos de nuevo amigos. Pero parece ser que no.

Abro la puerta y me encuentro cara a cara con la persona a la que más he querido en mi vida…, y, sin poder evitarlo, siento que sigo haciéndolo.

Ese por el que, por primera vez, creí en los «para siempre». Ya que jamás pensé que nadie ni nada sería capaz de romper lo nuestro.

Hasta que la realidad se impuso.